

Capítulo VI

El bandido hostelero

RETROCEDAMOS al instante en que Delgadillo, acogiéndose con sarcasmo la revelación que acaba de hacerle García del Pilar, salía á todo el escape de su caballo siguiendo el camino que á México conducía.

En el colmo de su desesperación, Pilar habría querido disponer de todos los rayos que en el seno de una nube engendra la tempestad, para arrojarlos todos de un golpe sobre la cabeza del oidor.

En el primer instante, rápido se lanzó tras de él en diabólica carrera, pero al ver desaparecer en las sombras el bulto del jinete; al no percibir ya el eco del galope del caballo, detúvose y desistió de su inútil intento, y tirándose en tierra, en ella se revolcó con las convulsiones de la ira.

Fatigado al fin irguióse con salvaje violencia, y hablando consigo mismo, se dijo:

—Dónde ha dejado á mi hija?

¿En qué lugar fué por esos bandidos asaltado?

No sé ni siquiera si me lo dijo.

Pero sí, ya caigo en ello.

En la venta del hostelero Colmillo.

Sí, sólo allí...

¡Oh! sí, ese disparo que yo escuché, fué sin duda del arma de Delgadillo.

No puede estar lejos esa venta.

¡Oh hija mía! si aun pudiese llegar á tiempo de salvarte.

Pilar no se detuvo más.

Y volviendo sobre sus pasos de nuevo, dió á correr tan sin medida, tan violentamente, que empujado parecía por deshecho vendaval, de esos que en las llanuras del mar convierten el líquido espejo en imponente montón de colosales montañas y colosales precipicios, y en la rugosa costra de la tierra barren con las selvas y con las ciudades, y siembran por doquier el espanto, la ruina y la desolación.

Y corriendo siguió, como si sólo para él la horizontal superficie hubiérase convertido en resbaladiza pendiente, y tan rápidos sus pasos se sucedían que hubiérase podido creer que en el aire y sin tocar el suelo los daba.

Y al fin llegó á las puertas de la hospedería y por ellas penetró, y como atraído por un imán poderoso, fué á dar en la sala misma en que Angulo oraba, espiraba Llerena; maldecía Colmillo y Maria temblaba de terror, y en su propio llanto se bañaba.

—¡Mios sois!—gritó Pilar ebrio de gozo manteniéndose él sólo fiero y ciza lo ante aquellas cuatro personas

que no sin invencible terror viéronle en la sala presentarse.

Avanzó después algunos pasos en dirección de su hija, pero repuesto de su primera sorpresa, antes de que á ella hubiera podido llegar, Colmillo saltó como un tigre sobre su presa, diciéndole:

—¡Quieto ahí! ¡esa mujer es nuestro rehén!

Vuestra fatalidad la ha traído á nuestras manos: no os llegaréis á ella hasta tanto que no nos hayamos entendido: sabedlo, García del Pilar.

—María se levantó del lugar en que con su dolor yacía, y exclamó:

Padre, padre mío; decid que este hombre no os conoce, decid que vos no sois García del Pilar.

¡Ah! ¡bien decía yo; vos no podéis ser ese infame Pilar, castigo de todos los buenos, verdugo de todos los inocentes!

Defendedme, padre mío, defendeos á vos mismo; estos hombres quieren vuestra muerte, estos hombres me han amenazado con horribles amenazas!

—¡Miserables!—exclamó Pilar,—y con hercúlea fuerza, empujó con ambas manos y por los hombros al gigantesco Colmillo, que salió disparado contra la opuesta pared de la sala, que por ser de pobre material construída no pudo resistir el golpe y se desplomó, arrastrando en su caída una parte del techo que en el frágil muro se apoyaba.

Un clamor de espanto, repetidos ayes de dolor hicieron oír, y sobre su infernal concierto, se cernió la blasfemia salida de los labios de Colmillo, que habiendo caído al exterior por la abertura con su cuerpo practica-da, nada padeció con el hundimiento de la sala de la hospedería.

Cosa fué de ver como de entre sus escombros procuraban salir los personajes bajo ellos ocultos y durante unos momentos.

Colmillo, sin dar auxilio á ninguno de ellos, fijaba sus ojos en los movientes escombros, á manera de lebre que acecha entre las matas la liebre medrosa ó el ave malamente herida, procurando averiguar de cuál de aquellos montones de polvo iba á salir la cabeza de Pilar.

Y cuando por sus voces pudo reconocerle, tomó con su única mano la más gruesa piedra que á su alcance vió, y alzándola cuanto pudo, la arrojó sobre su indefensa víctima, que lanzando un ¡ay! espantoso dejó de moverse más.

—¡Así se aplasta á las culebras venenosas!—exclamó Colmillo, y sin volver á hacer caso de Pilar, ayudó á Angulo á salvarse y á salvar á Llerena, y por último á María, que aunque sin lesión alguna grave, daba desesperados gritos, pues tal cantidad de tierra tenia sobre sus ojos, que creyó haber quedado ciega.

—¡Padre, padre mío!—exclamaba,—¿dónde estás que no te veo?

—Mejor para vos,—contestó Colmillo con brutal ferocidad.

Siempre es muy desagradable ver aplastado á un buen hombre.

—Colmillo, ¡no digáis tal á esa joven infeliz!—replicó Angulo movido á piedad con el dolor de la joven.

A lo que el coloso respondió de mal talante:

—¡Eso es! sólo faltaría que os viniéseis ahora defendiendo á esta palomita, que con sus informes á nosotros referentes armó los brazos del maldito Pilar, y me valieron el empujón que ha derribado mi casa.

No, sino que la traeré en palmitas y sobre sábanas de Holanda.

Por las canas de mi madre, que del cuero han de salir las correas, y de la rapaza he de sacar lo necesario para levantar de nuevo mejor y más fuerte la casa.

¿No es cierto, vida mía, que para todo nos han de dar las economías del perro de vuestro padre?

—Colmillo,—repuso Cristóbal de Angulo con generosa indignación,—vuelvo á prohibiros que habléis así á esa joven.

—Y yo á contestaros, que de tratarla habré como mejor me acomode, y añadiré que no soy hombre que guste de sufrir amenazas de nadie y menos de un chiquillo como vos.

—¡Por piedad, señores,—replicó con voz doliente la joven,—no vayáis á reñir por mí.

Sí, Sr. Colmillo, yo os pagaré doblado el precio de vuestra casa, pero por piedad, no me hagáis mal alguno; no me amenacéis, porque me muero de terror.

Por compasión hacia mí, por vuestro interés, por la salvación de vuestro camarada herido, dejadme sola, alejaos antes que Delgadillo venga sobre vosotros con tropa de soldados.

—La niña dice bien,—observó Colmillo,—con las glorias se nos van las memorias, y es necesario ponernos en salvo.

Por fortuna la cosa es fácil.

Ahí están los dos caballos del oidor y sus secuaces.

Por fortuna los tres brutos se han salvado del derrumbe de mi casa.

Tomad vos, Cristóbal, uno de ellos, y cargad con el buen Llerena y volveos antes que de día sea á San Fran-

cisco, y gracias que en aquel asilo podáis salvaros de la cólera de Delgadillo.

—¡Pronto! ¡pronto! ¡que me siento morir!—exclamó Llerena que acababa de volver en sí y había oído el consejo del hostelero.

Después de algunas palabras que entre unos y otros mediaron, Angulo tomó uno de los tres caballos, montó en él con Llerena acomodándole como mejor pudo, y se alejó sin dar oídos á las súplicas de María que le rogaba no le dejase sin llevarse á Colmillo.

—¡Tanto miedo os impongo?—preguntó el hostelero riendo brutalmente.

Vamos, que no hace tanto que á mis piés os arrodillasteis llamándome *caballero*, y dándome gracias por haberos salvado de las arterias de Delgadillo.

Ya veis que aunque no lo parezca ahora, soy bueno y galante con las damas hermosas, y vos, ¡vive Cristo! lo sois sobre toda ponderación.

¡Vive Cristo que no miento!

¡Sois hermosa, muy hermosa, y sintiéndome estoy perdidamente enamorado de vos, paloma!

—¡Oh, Dios mío! ¡este era el último horror que me faltaba!

Colmillo iba á contestar cuando de súbito se detuvo, y volvió la vista hacia el sitio en que aun permanecía Pilar medio enterrado.

La víctima acababa de lanzar un lastimero quejido.

¡Ah! ¡maldito! ¿con que aun vives?—dijo Colmillo, y se inclinó á tomar la misma piedra poco antes arrojada por él sobre la cabeza de Pilar.

—¡Oh! ¿qué váis á hacer?—exclamó la joven corriendo hacia el hostelero y colgándose de su brazo,—no asesí-

néis á un infeliz indefenso: por misericordia respetad á mi desgraciado padre, y él y yo olvidaremos todo el mal que nos habéis hecho, y os daremos tanto oro cuanto podáis necesitar para ser feliz.

—¡Es verdad!—replicó Colmillo,—más cuenta me tiene que los dos viváis, pero por sí ó por no, voy á tomar una precaución que no ha de estar de más.

Y diciendo y haciendo, el hostelero con particular destreza, sacó de entre los escombros á Pilar, le amarró por la espalda las dos muñecas, sin hallar resistencia alguna en su víctima, que permanecía casi sin sentido, y tomando por la cintura á María y poniéndola sobre un caballo, y montando él en otro, con acento duro le dijo:

—Ahora marcharemos de aquí, y procurad niña, marchar siempre á mi lado, pues si de vuestro caballo queréis abusar, y fiada en él queréis escaparos, juro haceros que os pese por cuanto os quede de vida.

María lloró, suplicó, rogó por ella y por su padre; pero nada consiguió, y medrosa y aterrada hubo de seguir á Colmillo, que guió su caballo en dirección del más próximo monte.

Capítulo VII

Impotencia

PILAR recobró el dominio de sus sentidos cuando ya no era posible descubrir ningún indicio que denunciarle pudiera la dirección seguida por los raptos de su hija.

Al verse solo sobre los escombros y ruinas de la hospedaría, quiso gritar, dar voces, pedir auxilio, orar tal vez, pero no pudo articular palabra alguna y su lengua y sus labios se agitaron insonoros en temblor convulsivo, producido por el exceso de sus crueles dolores físicos y morales.

Rugiendo como acosada fiera, procuró soltar el fuerte lazo que oprimía sus muñecas, y al desgarrar sus carnes la áspera cuerda, gritos de dolor se escapaban de su pecho y fatigado suspendía sus esfuerzos.

Y de nuevo volvía á ellos, y de nuevo también se quejaba y de nuevo á la fatiga sucumbía.

Pero tanto hizo al fin que el lazo, con su sangre humedecido, comenzó á ceder y á aflojarse y por último cayó á sus piés.

Y con fuerza y ánimo imposible en hombres que no hayan sido los hombres de aquella época de hierro, removió los escombros en busca de su hija, sin encontrar en ellos más que los cadáveres de los dos criados de Delgadillo muertos por Llerena y el hostelero.

Y llorando, sollozando de manera de poner espanto á los ecos que sus lamentos repetían, Pilar tomó el camino de Tezcoco siguiéndole en dirección á México.

Así fué como dió con Hernán López, según queda dicho en su lugar respectivo.

Es claro que Pilar ignoraba la mayor parte de los detalles que venimos de dar, pero los pocos que comunicar pudo á Hernán López helaron en las venas de éste la sangre que por ellas circulaba.

Movido por el más sincero aunque tardío arrepentimiento, agotó la poca elocuencia de que era capaz para consolar al infeliz agente de Delgadillo.

Mas no lo pudo conseguir.

¿Ni cómo había de conseguirlo si, como lo sabéis vosotros, padres que habéis perdido un hijo, no hay humana voz capaz de dar consuelo al padre que perdido llora el más grande, el más puro, el más santo de los amores de la tierra?

¡Oh! prendas queridas; botoncitos de rosa del jardín de la familia; bendiciones de Dios; niños en nuestros brazos y ante nuestros ojos nacidos, ¿por qué os alejáis de nosotros que tanto os amábamos?

¿Qué? ¿acaso el cielo es más hermoso, más grande que el amor de vuestros padres?

¿Por qué entonces le dejasteis y vinisteis á nosotros en la hora de vuestro nacimiento?

¿Y por qué, ya que os fuisteis, nos dejasteis vuestro cuerpecito idolatrado?

¿Por qué ¡ay! no os le llevasteis para no obligarnos á sufrir doble el dolor de vuestra muerte?

Porque, sabedlo, hijos queridos que os morís; vuestra muerte nos ha separado dos veces de vosotros.

La primera cuando vuestro espíritu abandonando la terrena envoltura volvió á Dios del cual salisteis: la segunda cuando el insensible sepulturero vino por vuestros restos para sepultarlos.

Terrible, espantoso es el primer dolor; pero al fin pudimos consolarnos sabiendo que á Dios habíais vuelto, y que en sus manos pasasteis á ser un nuevo ángel de los cielos.

¿Pero el segundo dolor no tiene, no puede tener consuelo!

¡Ah! ¡cruels sepultureros! ¿por qué nos arrancáis lo que Dios no ha querido llevarse?

¡Ah! ¡hombres cruels! ¿qué vais á hacer con ese cuerpecito cuya belleza ponía admiración en quien llegaba á verle, y del cual yo he cuidado más que de las niñas de mis ojos?

¡Oh! ¡dejadme, dejadme ese cuerpecito!

¡Aún pueden mis brazos servirle de templada cuna; aun puede mi seno servirle de blanda almohada donde recline su cabecita!

¡Ah! ¡cruels sepultureros!

Decís que la sociedad lo manda, que la sociedad podría morir si esos restos quedasen insepultos.

¿Pero ah! ¿qué me importa á mí que la sociedad muera si mi hijo ha muerto?

¡Pero, no; no queréis oírme!

¡Os lleváis á mi hijo!

¡Sois implacables!

¡Hijo! ¡hijo mío de mi corazón! ¡hijo mío! ¿qué haces ahí debajo de esa lápida que no deja llegar hasta tí las lágrimas que sobre ella derramo?

¡Un día, un mes, un año han pasado ya! ¡hijo, hijo mío! ¿qué es lo que queda de tí?

¿Conservas aún tu rizada cabellera más que la seda fina y suave, más dorada que el oro?

¿Conservas aún aquellos ojos que en los míos se veían y en que yo veía á Dios, al cielo, con sólo mirar en ellos?

¿Conservas aún aquellos carminados labios en que yo bebía delicioso néctar de felicidad suprema, y que yo enseñé á articular el nombre de Dios y de tus padres, que somos sus representantes en la familia?

¡Pero no, no me respondas, hijo mío!

¡No quiero saber que ya no existen ni tus cabellos, ni tus ojos, ni tus labios!

¡Calla! ¡calla, hijo mío! ¡Déjame creer que duermes debajo de esa lápida que no deja llegar hasta tí las lágrimas amargas que sobre ella derramo!

Déjame creer que en esa florecita que al borde de tu sepulcro ha nacido, tú sales de la tierra á saludarme.

Si; esa rosa de encendido color me trae un beso de tus labios; esa otra pajiza como el rayo del sol al amanecer, me recuerda tus cabellos: aquella menudita y azul me recuerda tus ojos y con su nombre me dice *no me olvidas*.

Que no te olvide! ¿acaso me será posible olvidarte?

¡Oh! ¡vosotros los que por simple curiosidad visitáis los sepulcros, no cortéis flores de ellos: dejadlas allí para que mañana nos hablen de los hijos por los cuales lloramos y lloraremos siempre!

Dejadlas allí, y orad por nosotros y orad por los hijos que aún por la misericordia de Dios nos quedan, y pedídle que nos los conserve: nosotros en cambio pediremos por los vuestros, con aquellas fervientes oraciones que sólo son conocidas de quienes como nosotros han probado ya el letal contenido de esa copa de acerbo dolor!

Mientras con indecibles trabajos, Hernán López logró conducir á su casa á García del Pilar que cayó en su lecho presa de una furiosa fiebre, la joven María de Mendoza desfallecía de angustia y de terror brutalmente amarrada por Colmillo al tronco de un árbol del espeso bosque que vestía de verdor la falda del montecillo en que corrió á buscar refugio contra la persecución que hacerle pudieran los soldados y alguaciles de la Audiencia.

Esta, que la formaban únicamente los dos oidores Matienzo y Delgadillo, hizo reunir á sus más adictos agentes y principales hechuras, para informarles de como había sido descubierta una *espantable* conjuración, cuyo fin principal era asesinar cobarde y traidoramente á los oidores por el solo delito de haberse opuesto como estaban decididos á seguir oponiéndose á la exagerada pretensión de autoridad del obispo-electo y de sus frailes.

Delgadillo refirió cómo y de qué manera había sido

asaltado por dos malhechores, en los cuales pudo reconocer á García de Llerena, criado de Cortés, y á Cristóbal de Angulo, clérigo de corona y servidor por lo tanto del obispo.

El pérfido oidor pidió á los circunstantes le prestasen su ayuda para castigar de un modo enérgico y eficaz á los inquietos frailes, procediendo á la prisión de los tales Angulo y Llerena.

Se consultó en aquella junta si sería conveniente hacer el oportuno requerimiento al obispo, para que entregase de buen grado al brazo seglar á uno y otro delincuente, puesto que ambos hallábanse retraídos en el convento de San Francisco, so pretexto de estárseles formando causa por la jurisdicción eclesiástica.

Pocos de los circunstantes fueron de parecer de que esto se hiciese, y los más opinaron por que dejando á un lado fórmulas y requerimientos, los alguaciles se apoderasen por fuerza de los reos, puesto que ni el obispo ni los frailes habían de querer voluntariamente entregarlos.

Así quedó determinado en vista de que los oidores querían que así se determinase, pues ellos, como todos los tiranos, no consultaban á nadie para pedirle su parecer sino para imponerle el suyo.

De este modo proceden todos los poderes que, sin llevar el nombre de absolutos, pesan á veces sobre los pueblos y naciones, con la fuerza sofocante del abuso.

Los gobiernos de Salazar y Chirinos y Nuño de Guzmán y Delgadillo ni fueron ni serán los últimos cuya estúpida opresión haya de lamentar la historia de la humanidad.

La osadía sirve como á nada á la brutalidad y á la ignorancia.

El cansancio y la anemia moral de los pueblos, favorece de un modo extraordinario este género de dominaciones, y las mantiene y perpetúa, porque al par que crece el rebajamiento de los gobernados, crece la insolencia del gobernante que, viéndolos con desdén y desprecio, aprieta más y más el yugo vergonzoso al que sujeta sus cervices.

En caso tales la perdición de un pueblo es fatal é irremediable, é inútiles serían los esfuerzos de la gente honrada y digna, para intentar la regeneración de sus conciudadanos: las revoluciones salvadoras sólo puede hacerlas la mayoría de una nación, pues nada vale la ciencia del más experto caudillo, si un ejército le falta que le secunde.

Un pueblo de esclavos puede ser libre cuando el odio al tirano es general, es unánime.

Pero cuando ese pueblo se habitúa á la esclavitud, su rebajamiento hace imposible el triunfo de la libertad.

En este caso todo se les facilita á los tiranos, y no suele ser extraño el hecho que la historia refiere de Calígula, quien llevó su desprecio por el pueblo romano al extremo de nombrar cónsul á su caballo *Incitatus*.

¡Cuántos pueblos han tenido al frente de sus gobiernos *Incitatus* humanos!

Capítulo VIII

Los cuatro hermanos Ponce

YOLVAMOS á la casa de los Ponce de León, tanto tiempo hace abandonada por nuestra atención, que otros sucesos han reclamado.

Dijimos que el mismo Alvar fué quien salió á abrir la puerta de su hogar al llamado de Juan Ponce, que amorosamente conducía en sus brazos el cuerpo de su bien amada Isabel.

Alvar tuvo que ayudar á su hermano á conducir al lecho á aquella desventurada mujer.

Esperanza corrió presurosa á prestarles auxilio, y pronto quedó Isabel completamente instalada en la habitación destinada á Juan.

Alvar y Esperanza acosáronle á preguntas sobre la clase, alcurnia y nombre de la hermosa enferma, y sobre la causa de su enfermedad.

Juaa respondió con dificultad á aquellas preguntas.

Dijole que la joven se llamaba Isabel de Carvajal, les refirió que habiale sido recomendada en Sevilla por un noble caballero su pariente; que cumpliendo con el ofrecimiento que habiale hecho, procuró llenar su comisión en su dilatado viaje á la Nueva España, y en cuanto á la enfermedad que postrada le tenía, dijoles que era un accidente dimanado de una caída que la joven sufrió por habérsele desbocado el caballo que montaba.

Alvar y Esperanza hubieron de conformarse con las pocas explicaciones que quiso darles Juan, que sólo fué más expresivo en la confesión que les hizo de su amor por Isabel.

Por último les recomendó que no fuera sospechada por nadie la presencia de la joven en aquella casa, hasta tanto que, repuesta del accidente sufrido pudiese recibir y presentarse á las gentes, que de otro modo contribuirían á agravar su estado no exento de peligro.

Hechas estas recomendaciones, Juan pidió á Alvar le facilitase un caballo para ir á la ciudad en busca de algunos medicamentos que juzgaba indispensables, y salió de la casa recomendando la enferma á sus hermanos.

Contra lo que sin duda temía Juan Ponce, la intensa calentura que postrada tenía á Isabel, comenzó poco á poco á ceder y su cabeza fué paulatinamente despejándose.

Al fin sus labios pudieron articular aunque con dificultad algunas palabras, y el nombre de Juan fué una de ellas.

Esperanza le dijo que en la casa de Juan estaba, que éste había salido, que no habría de tardar en volver, que ella era hermana de Juan y por lo tanto amiga suya, y

cuando á este respecto la hubo tranquilizado le repitió la recomendación hecha por Juan de que no hablase con nadie si no quería agravarse y buscarse peligrosas complicaciones.

Hizo el diablo que en aquel mismo instante penetrase en la habitación Rodrigo Ponce, en busca de Alvar, y como se sorprendiese de verle lo mismo que á Esperanza cerca de un lecho y en ese lecho viese una mujer, Rodrigo creyó, engañado por la vaga claridad de la vela de cera que en la habitación ardía, creyó, repetimos, que aquella mujer pudiese ser su buena madre, Juana de la Cueva, y en tal creencia, figurándose en aparición tal vez, corrió hacia la enferma con todo el apresuramiento de su sincero amor filial, y al llegar á ella, al fijar sus ojos en el demudado semblante de la víctima de Jerónimo Ruíz, Rodrigo retrocedió espantado, y lanzando una blasfemia salió cobarde y amedrentado al corredor, al cual se abría la puerta de aquella cámara.

Todo esto fué tan rápido que cuando Alvar salió tras de su hermano y le tomó de un brazo para llevarle aparte y explicarle la presencia de la joven, temblaba todavía, como un epiléptico, con la primera impresión recibida al ver el semblante de la amada de Juan.

Y antes de que Alvar hubiese podido decirle cosa alguna, Rodrigo con voz sorda y concentrada le preguntó rozando con sus labios los oídos de su hermano.

—¿Quién ha traído aquí á esa mujer?

—¿Qué te pasa, Rodrigo, hermano mío?—preguntó Alvar asombrado de su extraño terror.

—¡Calla! ¡que no escuche mi voz!—replicó quedo, muy quedo, Rodrigo, arrastrando á Alvar lejos de aquella puerta.

Alvar se dejó conducir sin oponer la menor resistencia.

Y esperando la revelación que debía hacerle ni se atrevió á hacerle pregunta alguna.

—¡Es ella!—murmuró Rodrigo con voz tan baja que apenas se apercibía su murmullo.

¡Es ella! sí; no me cabe duda.

Han pasado muchos años, pero su semblante es el mismo.

Pálida de terror y de pena al ver tendido en tierra el cuerpo de su padre, sus ojos tenían la misma mirada que acaba de fijar en mí.

Es ella, sí.

Su nombre es el mismo que nuestra madre repite en sus accesos de mayor locura.

¡Isabel de Rioja!

—La hija de Felipe...

—¡Calla! replicó Rodrigo cubriendo con su mano la boca de Alvar.

¡Calla! ¡podrías despertar á los muertos!

Porque no lo dudes, esa niña viene á vengar á su padre, asesinado por el nuestro!

—¡Oh!—replicó Alvar,—calla á tu vez, Rodrigo, eso es imposible!

—No: no lo es: los recuerdos crecen y se agigantan en mi mente.

Había fallado el golpe.

Extrañas coincidencias me indujeron á funesto error.

En punto de la media noche debían hospedarse en un jacal á la entrada del bosque dos criados de Nuño López de Cardona, portadores de una suma de cuarenta mil ducados.

En aquellos días la inseguridad era tal en los caminos que nadie olvidaba tomar las más exquisitas precauciones para evitar una sorpresa.

Oculté á mis hombres en el bosque dejando de centinela á uno de ellos.

A la hora precisa me avisó que había distinguido varios bultos en los alrededores del jacal.

La noche era infernalmente oscura, y de los gruesos pabellones de nubes que aumentaban la negrura del cielo, caía una lluvia menuda y tenaz.

Mis hombres deseaban concluir cuanto antes y retirarse con la parte del botín.

Dimos el asalto.

Aquello fué horrible.

Nos habíamos engañado.

A la luz del incendiado jacal vimos un infeliz anciano y una niña infeliz.

Tuve miedo de la noble mirada del venerable anciano y descargué sobre él golpe traicionero que le anonadó á mis piés.

La niña gritaba con infantil terror entre los brazos de los canallas que con ella forcejeaban para hacerla callar.

El jacal continuaba ardiendo con espantosa rapidez.

Una de las gruesas piedras que sostenían contra la armazón del techo la paja que le cubría, cayó sobre mi cabeza tendiéndome al lado de mi víctima.

Cuando recobré mis sentidos la niña y mis cómplices no estaban ya allí y sólo el cuerpo del que yo suponía cadáver, asomaba entre los restos del incendio, sofocado por la lluvia.

Corrí á esconderme en el bosque huyendo de mi misma obra.

Busqué á mis cómplices, busqué á la niña y nada pude encontrar.

Volví á México, crucé sus calles sin detenerme en ellas y llegué á esta casa y busqué á nuestro padre, y al ir á entrar en la sala, retrocedí como de retroceder acabo, al distinguir y reconocer á esa mujer.

El anciano víctima de mi asalto estaba allí, en la sala, de nuestra misma casa.

Referí á nuestro padre la fatal ocurrencia, y después de pedirle perdón me encarceló en una habitación prohibiéndome salir de ella por ningún motivo.

Pero súbitos temores de un mal inmenso me acometieron y evadiéndome por la ventana de mi prisión fui á dar con la escala por la cual Nuño López de Cardona asaltado había la honra de los Ponce.

Nuño murió allí mismo: mi puñal le atravesó la garganta.

Movido por secreto impulso á mi vez escalé la ventana de otra habitación de la cual salían voces de mi padre y voces del anciano víctima de mi fatal error.

Empujé las maderas salté dentro y el anciano reconoció en mí al asesino de su hija.

Con violento impulso nuestro padre me lanzó fuera de la habitación y no recuerdo lo que desde entonces fué de mí.

Ninguno volvimos á ver á Felipe de Ríoja y sólo supimos de él lo que decirnos quiso nuestro padre, á su vuelta supuesta ó real del puerto de Veracruz.

Lo demas tú, como yo lo sabes.

Mi padre murió la noche misma del aniversario de estos sucesos, y nuestra pobre madre delira con un doble asesinato. ¿Acaso el diablo quiere ponernos en la precisión de cometer un tercero?

—¿Qué es lo que quieres darme á entender?—preguntó Alvar horrorizado.

—Nada más sino que esa mujer es la hija de Felipe de Rioja, que como yo la he reconocido puede ella reconocerme, y que si ella me reconoce la justicia confirmará la fama que los Ponce tienen de ladrones y asesinos!

Antes de que Alvar hubiera podido contestar á Rodrigo ambos hermanos se estremecieron al escuchar un grito de espanto lanzado por Esperanza, y ambos corrieron en su auxilio.

La amada de Juan semejaba un cadáver.

Esperanza la contemplaba con indiscrepible terror, y parecía próxima á perder el conocimiento, no pudiendo sostenerse sobre sí misma.

Rodrigo y Alvar le tendieron sus brazos para impedirle caer y Esperanza les dijo con queda y temblorosa voz:

—¡Ella misma me lo ha dicho; se llamaba Isabel de Rioja!

Rodrigo lanzó un grito salvaje, corrió hacia el lecho, pero sin llegar hasta él se detuvo exclamando:

—¡Muerta!

—¡Dios mío!—exclamó á su vez Juan de Ponce que regresaba de México y había oído la fatal palabra.

Y llegando al lecho puso una de sus manos sobre el corazón de su amada, tomó con la otra una de sus muñecas y pasado un instante dijo con ilimitado gozo:

—¡No, no ha muerto! ¡vive! sí, de otro modo la Justicia de Dios no habría sido esta vez cumplida.

Nada temáis, ¡hermanos míos!

Desechad vuestro miedo.

Esta mujer no es un cadáver, gracias á Dios.

Con su divina ayuda mi ciencia le salvará.

Alvar y Esperanza cayeron postrados á los pies del lecho que Isabel ocupaba.

Rodrigo quiso imitarlos, pero no sintiéndose capaz para ello, fué poco á poco y de espaldas retrocediendo, hasta la puerta de salida, y cuando en el corredor estuvo sacudió su cabeza como para arrojar de ella todo resto de piedad, y terror y dijo á sí mismo:

—¡Si la salvase se perdería y nos perderá!

No: no la salvará.

Yo me encargo de ello.